

ren, plantea un método de trabajo suficientemente enfocado y construido tanto teórica como empíricamente, que puede ayudar a enfocar los problemas sociales. Un manual de interés para las diferentes entidades que trabajan con las múltiples manifestaciones de la exclusión social: asociaciones, fundaciones, Administración pública, sindicatos, etc.

Para entender el presente hay que estudiar el pasado, y sólo así lograremos preparar el futuro.

Segundo VALMORISCO PIZARRO

Alexis de Tocqueville

Quince días en las soledades americanas

(Barcelona, Ediciones Barataria, 2005)

Nos preguntamos por qué singular regalo del destino, a nosotros, que habíamos podido contemplar las ruinas de imperios hacía ya largo tiempo fenecidos y deambular por desiertos de factura humana, a nosotros, hijos de un pueblo antiguo, nos había sido concedido el privilegio de ser testigos de una de las escenas del mundo primitivo y de ver la cuna todavía vacía de una gran nación (p. 85).

I

Pocos días después de que un amigo me advirtiera que este año se cumplen doscientos

del nacimiento de Alexis de Tocqueville (1805-1859) encontré casualmente, apilado junto a una columna en la madrileña librería Fuentetaja, la edición que aquí presentamos. Parece que también a los que nos dedicamos a las ciencias sociales, la apabullante presencia del Quijote en su cuatrocientos aniversario nos ha atolondrado lo suficiente como para dejar prácticamente pasar de largo un motivo tan bueno como cualquier otro para celebrar y visitar a uno de los grandes clásicos de la sociología política e histórica.

Quince días en las soledades americanas (traducción libre del original, *Quinze tours dans le désert*, justificada por el propio traductor porque «en nuestros tiempos la palabra desierto está tan asociada a imágenes de inhóspitos lugares de lluvia y vegetación escasas, que prácticamente ha perdido su acepción original de “lugar despoblado”»), editado por primera vez por su amigo inseparable Gustave de Beaumont —compañero de piso, asistentes ambos a las clases de Guizot, compañero de viaje por Argelia y América y principal redactor del informe *Écrits sur le système pénitentiaire en France et à l'étranger*— en el año 1860, es un relato del viaje que juntos emprendieron desde Detroit a Saginaw entre el 19 y el 29 de julio de 1831. Una narración donde nos encontramos ante un Tocqueville fascinado por muchos de los estímulos, imágenes y dudas que posteriormente serán sistematizados en los dos volúmenes de *La democracia en América*.

La presente edición incluye, a modo de apéndice, las apresuradas notas de su cuaderno de viaje; el material bruto sobre el que construirá

un relato; el primer orden que dará a los acontecimientos. Incluido en el volumen, según el editor, por «una cierta curiosidad de índole fundamentalmente literaria», al lector atento a cuestiones de método —estas notas incluyen conversaciones y entrevistas— le ofrecerá no pocas pistas acerca de la solidez metodológica del historiador-sociólogo francés.

Un viaje por América planteado como un voluntario exilio. Un relato construido a partir de las apresuradas notas de un diario de fuga. La situación política en Francia tras la revolución de julio de 1830, la revuelta contra Carlos X, las «Tres Gloriosas», y la llegada al poder de Luis Felipe de Orleans, dejan a Tocqueville en una situación personal comprometida. Un año después, dando cima a una de sus primeras incursiones en territorio norteamericano, la memoria, nítida y serena, le muestra los motivos de su marcha: «Fue en medio de esta profunda soledad que recordamos de repente la Revolución de 1830 de la que se cumplía el primer aniversario. No puedo explicar con qué impetuosidad se presentaron en mi espíritu los recuerdos de aquel 29 de julio. Los gritos y la humedad del combate, los cañonazos y el repiqueteo de la fusilería, los tañidos aún más terribles de las campanas tocando a rebato, todo aquel día con su inflamada atmósfera pareció surgir de repente del pasado y desplegarse como un cuadro viviente ante mis ojos. No fue más que una iluminación súbita, un sueño pasajero. Cuando al levantar la cabeza, paseé la mirada a mi alrededor, la aparición se había desvanecido, pero nunca el silencio del bosque me pareció tan gélido y sus sombras tan sombrías, ni mi soledad tan absoluta» (p. 92).

II

«Un *stage-coach* semejante al que me había traído de Baltimore me llevó de Filadelfia a Nueva York, ciudad alegre, populosa, mercantil, que sin embargo estaba lejos de ser lo que es hoy, lejos de lo que será dentro de unos años, porque los Estados Unidos crecen más rápido que este manuscrito. Fui de peregrinación a Boston para saludar el primer campo de batalla de la libertad americana. Vi los campos de Lexington; busqué allí, como después en Esparta, la tumba de esos guerreros que murieron por obedecer las sagradas leyes de la patria. ¡Memorable ejemplo de la concatenación de las cosas humanas! ¡Una ley de presupuestos, aprobada por el Parlamento de Inglaterra en 1765, reconoce un nuevo Imperio en la tierra en 1782 y hace desaparecer del mundo uno de los reinos más antiguos de Europa en 1789!». La prosa doliente del romántico Chateaubriand, tío político de Tocqueville dos generaciones mayor, recordando etapas de su itinerario americano durante los años 1791 y 1792.

Leyendo simultáneamente los capítulos dedicados a América de las *Memorias de ultratumba* y el relato de Tocqueville podemos localizar de manera imprecisa el momento en que aparece la mirada positiva. El siempre reflexivo y autocrítico Tocqueville desvela el decaer de sus prejuicios a medida que la narración avanza. La desilusión que siente tras su primer contacto con los indios, de quienes se había formado una imagen en la lectura de los relatos de Chateaubriand (quizá en la lectura de *Los náctez* —1826—, novela sobre un francés adoptado por una india que, instalado en la mirada del otro, contempla atormentado el destructivo e impasible avance de la

maquinaria civilizatoria) y en la exitosa novela de Cooper *El último mohicano*. Tras atravesar el Mohawk, Chateaubriand se adentra por primera vez en las soledades americanas, en los bosques vírgenes, y observa a un joven francés que toca el violín para un grupo de indios, tratando de enseñarles danza a cambio de pieles de castor. Tras la guerra había decidido quedarse en Nueva York, «y cuando el éxito amplió sus miras, el nuevo Orfeo trajo la civilización incluso entre las hordas salvajes del Nuevo Mundo». Los indios no paraban de dar saltos. «¿No era bochornoso, para un discípulo de Rousseau, que esta introducción a la vida salvaje se hiciera mediante un baile que el antiguo pinche del general Rochambeau daba a unos iroqueses? Tenía ganas de reír, pero me sentía cruelmente humillado».

Tocqueville publicó su *Democracia en América* en pleno proceso de gestación de estas *Memorias*, a cuyas lecturas privadas acudió, en el salón de Abbaye-aux-Bois. Pero en la edición que dejó antes de morir lista para la imprenta de estos *Quince días en las soledades americanas*, casi todos los recuerdos son de desilusiones. Del mismo modo que en la espesura de los bosques se mezclaba todo tipo de vegetación en distintas fases de su desaparición-regeneración, Tocqueville ansiaba acercarse a un lugar poblado escasa y desordenadamente, que le mostraría un fresco de las distintas etapas de formación de una Sociedad y un Estado. En su acelerado proceso de creación, víctima del mismo ritmo terco con que podía observarse la paulatina desaparición de todo lo que en el continente había, Tocqueville esperaba cabalgar a lo largo de todos y cada uno de esos estadios: «Dicho en pocas palabras, aquí esperaba encontrar desplegada, en la distan-

cia de unos pocos grados de longitud, toda la historia de la humanidad»...

«Nada más lejos de la realidad. De todos los países del mundo, América es el menos apropiado para aportar el espectáculo que yo iba buscando. En América, incluso más que en Europa, hay una única sociedad (...) Las regiones más antiguas y pobladas han alcanzado un alto grado de civilización, la enseñanza se ha impartido con prodigalidad, el espíritu igualitario, el espíritu republicano, ha difundido un tono singularmente uniforme sobre las costumbres más íntimas de la vida» (p. 21).

La sociología es producto de la modernidad en no menor medida en que lo es de la Revolución. Sin la experiencia de asistir, en el transcurso de una sola biografía, a la pretensión de construir un orden social enteramente nuevo, difícilmente podría haberse concebido una ciencia social positiva tal y como hoy la conocemos. En el devenir de dos generaciones, el dolor romántico muta en mirada desmitificadora. Apasionada aún, pero desmitificadora. En los intentos vanos de Tocqueville por conciliar el sueño, acosado por los mosquitos omnipresentes a lo largo del camino que lo lleve a tierras aún no pisadas por ningún pionero, preocupado por la posibilidad de contraer las fiebres, la narración de Chateaubriand le suena absurda: «Los diversos insectos carnívoros, vistos al microscopio, son animales formidables, y quizás eran estos mismos dragones alados cuyas anatómías reencontramos: disminuidos de tamaño conforme la materia disminuía de energía, esas hidras, grifos y otros se encontrarían hoy en el estado de insectos. Los gigantes antediluvianos son los homúnculos de hoy».

III

Leyendo a Tocqueville dudando, recorriendo su narración plagada de luces y sombras, su mirar complejo y juicio ambivalente, resuenan en mi cabeza las palabras incansablemente repetidas por mi profesor y amigo Manuel Rodríguez Caamaño, en su empeño por hacer de mí un sociólogo de sólida formación clásica. Mientras leía este libro, mientras redacto estas notas, le escucho citar de memoria: «He pensado que serán muchos los que anuncien con gusto los nuevos bienes que la igualdad guarda para los hombres, pero pocos los que quieran avistar los peligros con que les amenaza» (*La democracia en América*, 2).

Ya desde sus primeras páginas, la narración nos muestra el delimitarse de la mirada ambivalente y trágica de Tocqueville. Una mirada que impregnará cada arista de la singular agudeza analítica que caracteriza toda su obra. «El hombre se acostumbra a todo. A la muerte en el campo de batalla, en los hospitales, a matar y a sufrir. Se acostumbra a cualquier tipo de espectáculo: un pueblo antiguo, el primero y legítimo dueño del continente americano, se va fundiendo día a día como la nieve bajo los rayos del sol y desaparece de la faz de la tierra a ojos vista, mientras que, en ese mismo lugar y ocupando su sitio, otra raza crece todavía con mayor rapidez. Es esta última la que destruye los bosques y deseca los pantanos, mientras lagos semejantes a mares y ríos inmensos se oponen en vano a su marcha triunfal. De año en año las soledades se transforman en pueblos y los pueblos en ciudades. Testigo cotidiano de semejantes maravillas, el americano no ve en todo ello nada de extraordinario. Consi-

dera esta increíble destrucción y este crecimiento más impresionante si cabe como parte del curso natural de las cosas y a ello se acostumbra como si del orden inmutable de la naturaleza se tratara» (pp. 14-15).

Caminando, cabalgando y navegando junto a su compañero de viaje, Tocqueville mastica lentamente la inquietud que no sabe si está preparado para digerir. Observa cómo una nueva nación se construye tras el inalterable paso de la máquina civilizatoria. Pero esa fuerte «moral de los intereses» despierta sus recelos. Ha visto cómo esos mismos ciudadanos virtuosos, emprendedores, atentos para con las normas morales dictadas por la religión, son capaces de mostrar la más rotunda de las insensibilidades. Ha visto cómo rondaba la cabeza de todos ellos una pregunta concreta: «¿qué valor tiene la vida de un indio?». «Los habitantes de Estados Unidos no persiguen a los indios a sangre y fuego como los españoles en México, pero aquí, como en cualquier otra parte, el mismo sentimiento despiadado anima a la raza europea». ¿Es ésa la pregunta inaugural de la nueva era de la democracia? ¿Una pregunta acerca del valor cuantificable de la vida humana? ¿Es el nuevo modelo americano de Sociedad Buena el que permitirá también a él y sus compatriotas liberarse por fin de esa moderna invención que es el Terror Político?

IV

El retrato del pionero, el hombre emprendedor que se adentra en territorio salvaje, no es especialmente estimulante. No es un

hombre particularmente fuerte o curtido. Se puede apreciar desde la distancia que viene de otra sociedad, de un lugar acomodado. Delgado, austero, en buena medida demarcado, ha hecho de la inteligencia práctica una fuente de energía que le otorga un cierto aire de serenidad. Su exilio voluntario le ha llevado a verse privado del bienestar que antes disfrutaba. Ahora pasa penurias y conoce la miseria, no pocas veces la enfermedad, y la presencia del riesgo se manifiesta en su vida cotidiana de un modo casi tangible. «Concentrado en el único objetivo de hacer fortuna, el emigrante ha terminado por construirse una existencia totalmente individual, en la que los mismos sentimientos familiares han acabado por fundirse en un egoísmo tan vasto que es dudoso que vea en su mujer y sus hijos otra cosa que una parte segregada de sí mismo» (p. 32).

«Esos hombres ni deben nada a nadie ni esperan, por así decirlo, nada de nadie; se consideran abandonados a sí mismos, y piensan con gusto que su destino se halla por entero en sus propias manos. Así, la democracia no sólo relega a los antepasados de un hombre al olvido, sino que le vela sus descendientes y le separa de sus contemporáneos; sin cesar lo concentra sobre sí mismo, amenaza encerrarlo completamente en la soledad de su propio corazón» (*La democracia en América*, 2).

V

Antes de abandonar el empeño de registrar la construcción de una sociedad nueva en sus sucesivas etapas, Tocqueville y Beaumont ca-

balgan por caminos apenas intuidos, recorriendo grandes distancias en una sola jornada, hasta toparse repentinamente con alguna improvisada cabaña de madera donde apenas entra luz. ¡Por fin! El lugar del humilde campesino americano, el rincón destinado a la miseria. «Pero su propietario va vestido con las mismas ropas que vosotros, habla la lengua de la ciudad, sobre la rústica mesa se apilan libros y periódicos, y él mismo se apresurará a hacer un aparte para saber de primera mano lo que sucede en la vieja Europa».

Libros y periódicos. En cada una de estas pobres chozas, estos «hogares primitivos» que habitan los temerarios pioneros, que en su afán por prosperar en propiedades y riquezas desafían las innumerables amenazas de la vida salvaje con las armas de la civilización, «sobre un solitario anaquel de tablas mal pulidas, se alinean algunos libros desparejos: una *Biblia*, a la que la devoción de dos generaciones ha desgastado ya las tapas y los cantos, un libro de oraciones y, a veces, un canto de Milton o una tragedia de Shakespeare» (p. 31).

«Poco a poco, la ilustración se difunde. Se despierta la afición a la literatura y a las artes. El talento llega a ser una condición del éxito. La ciencia es un medio de gobierno, la inteligencia una fuerza social y los letrados tienen acceso a los negocios públicos» (*La democracia en América*, 1, p. 31).

VI

Podemos leer en el capítulo quince del segundo volumen de su *Democracia en América* (De

cómo las creencias religiosas atraen periódicamente a los americanos hacia los goces inmatrimoniales): «Los americanos muestran, a través de la práctica, que sienten la necesidad de moralizar la democracia mediante la religión». Pocas páginas antes, en el capítulo nueve, apunta: «Pero los predicadores americanos se refieren sin cesar a las cosas de este mundo, del que a duras penas pueden apartar sus miradas. Para llegar mejor a sus oyentes, les hacen ver cada día cómo las creencias religiosas favorecen la libertad y el orden público, y a veces resulta difícil decidir, al escucharles, si el objeto principal de la religión consiste en procurar la felicidad en el otro mundo o el bienestar en éste».

En su cuaderno de notas, el 19 de julio de 1831, navegando el lago Erie a bordo del *Ohio*, Tocqueville apunta lo que un tal señor Spencer le había contado el día anterior sobre «uno de esos hombres que podríamos considerar como los últimos indios». Uno de los mayores enemigos de los blancos. Enemigo del cristianismo. Incapaz de entender la labor de una figura institucional como el fiscal de distrito. Cuando los presbiterianos de Boston mandaron un misionero a evangelizar a los mohawks, éste fue rechazado. El «último indio» dice: «Nuestros antepasados contaron a nuestros padres que habían visto al Gran Espíritu y nosotros creemos a nuestros padres. Se dice que los hombres blancos creen en un libro que les dio el Gran Espíritu, pero se dice también que cada una de las innumerables tribus de los hombres blancos le da al libro una interpretación diferente». El misionero habla un buen rato más, explicándoles cómo esas discrepancias son de matiz, relativas a unos pocos aspectos muy concretos. Pero la

respuesta es contundente: «Ésas son cosas difíciles de entender para los hombres rojos. Pero si el padre va a repetírselas a nuestros vecinos más cercanos, los hombres blancos, y consigue con sus sermones impedir que se apoderen de nuestras tierras y roben nuestros rebaños, como hacen cada día, el padre podrá regresar a visitar a los hombres rojos y los encontrará dispuestos a escucharlo» (p. 101).

Tres días después visita al señor Richard, sacerdote de la iglesia católica de Detroit y diputado por Michigan en el Congreso, que le hace un leve repaso al estado de cosas en materia de religiosidad («La población protestante comienza a ser mayoritaria en Michigan a causa de la inmigración. Por otra parte, el catolicismo gana algunas conversiones entre los hombres más eminentes...»). A continuación, Tocqueville anota en su cuaderno: «Opinión del señor Richard sobre la extrema frialdad de las clases altas americanas en materia de religión. Una de las causas de la tolerancia extrema; en todo caso, tolerancia completa. No se os pregunta cuál es vuestra religión, sino si sois capaces de desempeñar el empleo» (p. 104).

VII

El 18 de julio de 1831, Tocqueville y Beaumont parten desde Canandaigua con destino a Buffalo. Una vez allí, encuentran tirado en medio de la calle a un joven indio, que casi ha perdido la conciencia, encharcado en aguardiente. A esa hora los indios salen de la ciudad y algunos pasan por su lado. El joven aristócrata Tocqueville los contempla con asco: «Se hubiera

dicho que formaban parte del populacho más abyecto de nuestras ciudades europeas. Y sin embargo seguían siendo salvajes. Los vicios que de nosotros habían adoptado se mezclaban con un no sé qué de grosero e incivilizado que los hacía cien veces más repelentes (...) Esos seres débiles y depravados pertenecían, sin embargo, a una de las más célebres tribus del antiguo mundo americano. Teníamos ante nosotros, y apenas decirlo, a los últimos descendientes de la célebre Confederación Iroquesa, cuya varonil sabiduría, no menos célebre que su bravura, mantuvo en equilibrio por largo tiempo la balanza entre las dos naciones más poderosas de Europa» (pp. 16-17). Algunos indios se acercan al joven caído, pero pronto se desentienden. Están todos ebrios. Algunas personas ya se lo habían advertido. Desaparecen día a día, no víctimas de una guerra cruenta, sino del aguardiente barato que les venden. Por fin, una india joven se acerca y le dice algo y comprueba su respiración, tratando de reanimarlo sin éxito. Termina golpeándolo furiosamente con pies y manos. Hasta que se aleja riéndose.

Recuerdo ahora la carta de rendición del jefe Joseph. Me acerco hasta mi estantería a buscar sus palabras transcritas por el filósofo catalán Miguel Morey en su ensayo *Deseo de ser piel roja* (1994), y tomo el pasaje como una poderosa instantánea para otra sebaldiana historia natural de la destrucción.

Tras negarse a trasladar a su pueblo a la reserva de Idaho, emprendieron un camino largo, una fuga hacia Canadá perseguidos por el general Howard, derrotando en su huida al general Gibbon, primero, y Sturgis, después,

hasta que el 4 de octubre de 1877 se rindió. Dijo: «Estoy cansado de luchar. Nuestros jefes han muerto. Son ahora los jóvenes los que en el Consejo dicen sí y dicen no. Mi hermano que los guiaba ha muerto. Hace frío y no tenemos ropas. Los niños mueren de frío. Algunos de mis hombres han huido a las montañas sin ropas ni alimentos. Deseo tener tiempo y paz para ocuparme de los míos y ver a cuántos de ellos podré encontrar. Quizá los encuentre entre los muertos. Escuchadme, jefes: mi corazón está enfermo y triste. En cuanto el sol se ponga, dejaré de pelear y no lucharé nunca más».

Héctor ROMERO RAMOS

Ted Benton e Ian Craib

Philosophy of Social Science. The Philosophical Foundations of Social Thought

(Nueva York, Palgrave, 2001)

A menudo, la sociología moderna olvida sus orígenes filosóficos y tiende a dar la espalda a todo pensamiento especulativo y fundamentador. Con ello, no se hace sino olvidar que nuestra disciplina nació en el seno del pensamiento de filósofos que, buscando las implicaciones sociales que estaban produciendo las transformaciones de la sociedad industrial, comenzaron a generar un *corpus* heurístico y una perspectiva cognoscitiva que poco a poco